

GERMÁN LIST ARZUBIDE (1898-1998)

El año de 1898, cuando Germán List Arzubide viene al mundo, Alemania comienza a construir una poderosa flota de guerra bajo la dirección del almirante Tirpitz; estalla la guerra entre España y Estados Unidos, y Cuba obtiene la independencia política por la que tres años atrás había ofrendado la vida un poeta llamado José Martí; los esposos Pedro y María Curie descubren el radio. En México, se inaugura el alumbrado eléctrico instalado por la compañía alemana Siemens y Hanke; en Apizaco, Puebla, estado natal de List Arzubide, tiene lugar una huelga obrera, anticipo de los numerosos levantamientos que culminarán en una revolución. El niño de 12 años, que ese 18 de noviembre de 1910 es Germán List Arzubide, atestigua desde una azotea la defensa de los hermanos Serdán.

Los pintores, tan cercanos a él y a su movimiento, han hecho las más diversas interpretaciones sobre su rostro: gozoso, esperpéntico y estridentista, en la máscara modelada por su tocayo Germán Cueto; misterioso en el retrato de Ramón Alva de la Canal; meditabundo y profético en el excelente apunte realizado por Jean Charlot.

El estridentismo fue una aventura planeada con estrategia, más cercana al arte de la guerra. Soldado carrancista en su muy temprana juventud, List Arzubide jamás abandonó este sentido de enfrentamiento, pero siempre se mantuvo fiel al combate que admite la respuesta, a la galantería propia de los grandes guerreros. El México en que crecen, se

conocen, aman y escriben los poetas nacidos en los albores del siglo xx ofrece terrenos por cultivar, pero también se puebla de señuelos seductores. List Arzubide y los estridentistas eligieron el difícil camino de la congruencia. Consciente de que a su juventud se le concedía el privilegio de vivir una era de México y del mundo cuando todo estaba por definir, donde el horizonte se extendía adánico e inédito, quisieron vivir el peligro de estar en la vanguardia, de abrir camino aunque eso significara enfrentar la autoridad intelectual de una tradición apoltronada en un asiento pagado por el presupuesto. Por eso eligieron el camino agresivo de los manifiestos, colocándolos en los muros de la urbe, al igual que los carteles de los toreros o los anuncios cinematográficos. Por eso tomaron un espacio que de llamarse tímidamente Café Europa fue bautizado como El Café de Nadie (1926), para demostrar que el arte es un oasis que a todos pertenece, pero cuyo acceso demanda un proceso iniciático: por eso subieron al lomo del cerro de la Bufa en Zacatecas para proclamar a voz en cuello que Ramón López Velarde era un poeta estridentista; por eso se trasladaron a Xalapa, para construir la Estridentópolis que, como todas las ciudades eternas, vive en la imaginación del héroe que la funda y la conserva. ¿Cómo mantenerse de pie ante los embates de una sociedad gazmoña que inmediatamente respondió a la violencia estridentista? Mediante la fe incondicional en los principios sincréticos del movimiento.

Para que a los actos de su grupo no se los llevara el viento, List Arzubide se apresuró a escribir *El movimiento estridentista* (1926), que en los anales de nuestra historia literaria es una obra singular. En sí un objeto estridentista. Ilustrado con las imágenes impactantes y cinéticas de Ramón de Alva de la Canal, Jean Charlot, Tina Modotti y Fermín Revueltas, el libro renuncia a la memoria recogida en la meditación de la madurez y apuesta por la crónica vertiginosa de los acontecimientos. En el ámbito salvaje de los hombres de letras, donde todos se matan por ser el Rey de la Selva, el libro de List es un ejemplo de amistad y afirmación de fe para con el estridentismo; Maples Arce es Dios, Germán List es su profeta. Virtud suficiente sería que el segundo defendiera ciega y amorosamente al amigo, mas no se limita a la loa superficial ni al halago inmediato, sino a demostrar con hechos la modificación que el estridentismo provocaba en las costumbres, en la forma de concebir

a la mujer, en el culto por la imagen autónoma y su vinculación con los lenguajes de la pintura. La conferencia de List Arzubide titulada “El movimiento estridentista” es el texto más completo para comprender la búsqueda poética de su grupo, su manera de concebir la metáfora y su teoría de equivalencia poética, que volvía a poner el énfasis en la fuerza de la imagen, su actuación como fundamento del poema.

*TROKA EL PODEROSO*¹

Troka el Poderoso Habla

Los niños saben ya quién es TROKA,
su amigo.

¿Quién los lleva por la ciudad?

Un gran camión:

es TROKA.

¿Y de México a San Luis Potosí?

La locomotora:

es TROKA.

Los niños saben que se puede cruzar el océano en un hermoso barco de vapor:

es TROKA.

TROKA puede volar convertido en aeroplano,

en dirigible;

puede bajar al fondo de los mares y ser el

submarino;

atravesar las montañas abriendo túneles,

trepas por los elevadores en los edificios gigantes.

En los puertos

sus grandes brazos mecánicos

son las grúas.

En las ciudades

se levanta dominador,

¹ Germán List Arzubide, *Troka el poderoso. Cuentos infantiles*, México, Ediciones Integrales (Biblioteca del Maestro), 1939.

con las chimeneas.

TROKA puede traer la luna hasta nuestra tierra
y enseñar sus canales, sus volcanes muertos:
es el telescopio.

Su voz, dominando las distancias,
salvando todos los obstáculos,
nos llega desde muy lejos:
es el radio.

En las noches,

sobre las pantallas,
nos da el gesto, el ademán y la voz de artistas lejanos:
TROKA es el cinematógrafo,
es el espíritu
de las cosas mecánicas,

de lo que el hombre ha inventado,
ha creado,
con su inteligencia,
con su esfuerzo.

El hombre, piensa		TROKA
crea,	hace	el
elabora	máquinas.	Poderoso
construye		

Primera Aparición de Troka el Poderoso

TROKA el Poderoso habla: —Oíd mi sonoro canto que asciende por mi garganta de cristal y se amplía en el magnavoz de mi boca. Soy “TROKA el Poderoso”. El espíritu del metal y de la electricidad. ¡Qué grande, qué fuerte, qué resistente soy! Formado estoy de duros planos pulidos y brillantes. De aluminio son mis piezas internas que me dan agilidad, ligereza; sobre balas de acero giran mis articulaciones. Mi estructura es de hierro y en su interior zumba como un corazón, el motor eléctrico que me alimenta. Tengo como los hombres una cabeza; únicamente que la mía es de bronce, y en ella encierro un cerebro hecho todo de aparatos electromagnéticos; de este cerebro salen y se distribuyen mis nervios,

hilos metálicos que corren a través del mundo y transmiten las órdenes para que actúen los hombres. En las noches, como pequeños soles, protegidos por convexos cristales, torrentes de luz alumbran los caminos, incendian las ciudades: son los ojos ultrahumanos de “TROKA el Poderoso”. Y tengo un canto, el canto industrial del mundo, que el fono-radio, voz gigante, transforma en un himno. Escuchadle: desde él se elevan los gritos de las sirenas que llaman a los hombres a su trabajo en las fábricas y dicen adiós a la tierra en la partida de los barcos que unen los continentes. Lleva el alarido de las locomotoras que cortan los panoramas campesinos. Escuchad el rumor solemne de los motores y el jadear impaciente de las máquinas que llenan los talleres. Esos clamores, son los de las vastas multitudes de las grandes ciudades; sobre ellos arrojan sus aullidos feroces los claxon agresivos, las campanas de los trenes eléctricos. Yo soy el genio mecánico que nació de todos esos ruidos, de todos esos impulsos, de todos los afanes de este tiempo.



Soy, cuando me detengo, la rígida y levantada majestad de las chimeneas; cuando camino, el veloz automóvil, la forzada locomotora, el barco que domina los mares. Las torres inalámbricas elevadas al cielo, son como brazos míos que recogen el rayo de la tormenta y la onda lejana. Las grúas son mis músculos de acero. La rígida estructura de las calderas, semeja el torso de un gigante y puede ser mi cuerpo y las cajas de los automóviles con sus aristas bruñidas, al frente los redondos faros de mis ojos que traspasan la sombra y los salientes labios del magnavoz, hacen pensar en las cajas que encierran los magnetos. Mi estructura es mecánica para que resista la vida actual violenta, ruda, cambiante y siempre en movimiento. Estoy construido por todos los hombres utilizando todos los elementos; soy la síntesis del genio universal. Los herreros con sus martillos que despiertan la aurora; con sus fraguas que chisporrotean en las noches y arrojan las estrellas; los mecánicos que vigilan los organismos de acero; los paileros que remachan la altura de los edificios en las armazones metálicas; los albañiles que les dan cuerpo de cemento; los electricistas que despiertan las noches; los mineros que arrancan a la tierra su fuerza para entregarla a la industria; los fundidores que en los altos hornos cuajan el rojo fulgor de los

bloques de hierro; los laminadores que estiran y extienden esos bloques de hierro; los ingenieros que transforman cables y láminas en puentes audaces; los sabios que en sus laboratorios arrebatan cada día una nueva fuerza a la Naturaleza; los hombres negros que recogen la sangre de los árboles del caucho en las selvas del Amazonas; los hombres blancos que cortan la madera en el Canadá; los hombres amarillos que siembran el arroz en las llanuras de China; los ingleses, los argentinos, los siberianos, los turcos; todos los hombres de todas las razas, de todos los mundos, de todos los climas, están en mí. Soy el radio que cruza los mares y suena en todas las latitudes; el mensaje eléctrico que nos cuenta lo que hacen los hombres del mundo; la voz del tiempo; el clamor universal; el grito humano. Yo levanté los edificios, que horadan las nubes; los túneles que atraviesan los mares. Soy el que sale de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios. Todo está en mí, y ya sabréis al conocer mi historia, cómo me levanté por el esfuerzo de los hombres, mis hermanos. Soy “TROKA el Poderoso”.

Segunda Aparición de Troka el Poderoso

Esta mañana han venido hasta la Estación de Radio que me sirve de domicilio, deseosos de conocerme, Anselmo y Raymundo, dos escolares que escucharon mi primer discurso. Siguiendo la voz del radio, los dos pequeños investigadores han hallado mi casa y su visita me ha sorprendido gratamente.

—“Venimos a verte, poderoso ‘TROKA’, ha dicho Raymundo; queremos cerciorarnos de la verdad de tu existencia, queremos ver cómo funcionas”.

Y han trepado por las escaleras metálicas que suben por mis piernas, hasta el balcón que rodea mi cuerpo alto como una torre.

Después han llegado a mi cabeza por donde asoma la bocina de mi boca.

Han examinado los faros que me sirven de ojos; y audazmente, han penetrado por mis oídos hasta mi cerebro.

A la salida, Anselmo me ha dicho:

—“Queremos ver tus ojos en la sombra, cuando los enciendes; serán seguramente como el faro que vi la noche que llegué a Veracruz, y cuya

luz, muy fuerte, penetra profundamente en la obscuridad del mar. Sus convexos cristales hacen pensar en la fábrica gigantesca que los construyó.

¡Qué poderosos hornos habrán fundido el vidrio que luego sale en rojos chorros hacia los moldes o es tomado en pequeñas partículas por los vidrieros con sus largos tubos metálicos, que soplan con fuerza para darle forma! ¡Qué hermosa es la industria del vidrio! Pero los enormes cristales de tus ojos habrán sido hechos de otra manera, fundidos en moldes muy grandes, muy grandes...! ¡Quién hubiera estado en el momento en que corrían los rojos chorros hacia esos moldes!”

Después ha hablado Raymundo:

—“Sabes, ‘TROKA’, tu cerebro es parecido a una central de teléfonos que visité hace algunos meses con los niños de mi escuela; allí se reúnen los hilos que vienen de todas partes; únicamente que, frente a los tableros de los teléfonos, unas señoritas trabajan colocando transmisiones para unir los números que solicitaban los clientes, y en tu cerebro todo se hace automáticamente.

Dicen que así son ya algunas estaciones telefónicas de los Estados Unidos y de Europa, que funcionan sin que ninguno las vigile.

¡Qué admirable es lo que hemos visto! Tu cerebro es una máquina maravillosa: quieres andar, y el motor que regula tus movimientos de las ruedas, parece que recibe una orden y la obedece desde luego; entonces eres un automóvil.

Quieres hablar y te transformas en un radio que dice tus palabras.

¡Qué bello! En tu cerebro se está como en un gran salón que estuviera adornado con maquinaria”.

Después, los dos chicos han querido visitar mi cuerpo; he abierto para ellos la pesada puerta de acero que cierra mi estómago y han penetrado a mi central eléctrica.

Aquí es donde llegan los cables que desde Necaxa, Tepuxtepec, Tepeji y Lerma, por medio de grandes torres de acero distribuidas en el campo a iguales distancias, traen la fuerza eléctrica que las caídas de agua, las cataratas, las poderosas corrientes crean por medio de colosales turbinas y que luego en las ciudades, poderosos dínamos multiplican para distribuirla al uso de los habitantes.

En estas centrales puede decirse que se almacena también en gigantescos acumuladores, igual que la almaceno en mi estómago.

Qué extraordinario es todo lo que se relaciona con la electricidad; en las noches se da vuelta a un botón y la luz se enciende brillante, deslumbradora.

Esto ya no llama la atención de los niños; pero si ustedes hubieran vivido en los días en que las gentes se alumbraban con velas de sebo, con pobres velas que había que estar despabilando en cada momento; si vivieran en esos pueblos alejados de todo progreso donde se siguen alumbrando en esa forma, entonces comprenderían lo que vale la lámpara eléctrica que da más luz que cien velas y no requiere ser cuidada.

Pues bien, mi estómago es una central eléctrica: allí llegan los alambres de diversos productores de fuerza eléctrica y yo almaceno en ella, en mis acumuladores, la que necesito para mi existencia.

Anselmo y Raymundo lo han visto y contarán a ustedes, próximamente, cómo se usa esta energía; dirán a ustedes lo que vean en su viaje por el interior de mi cuerpo, que van a seguir.

—¿Quién de ustedes quiere acompañarlos? “TROKA el Poderoso” los invita cordialmente.

Tercera Aparición de Troka el Poderoso

Anselmo y Raymundo, mis pequeños amigos, siguen en el interior de mi cuerpo dedicados a observar el funcionamiento de mi extraordinario mecanismo.

Después de visitar mi central eléctrica, suben hasta el segundo piso por escaleras de hierro, que dice Anselmo le recuerdan las que vio en la sala de máquinas de un gran vapor que visitó en Veracruz.

Han conocido mis pulmones, gigantescos compresores de aire que me sirven para mover las turbinas neumáticas que, a su vez, hacen girar los dínamos que multiplican la fuerza eléctrica.

Mis curiosos camaradas suben ávidos de conocer nuevas máquinas y se detienen a contemplar la enorme sirena con que anuncio mi salida de la Estación de Radio, con que llamo a mis amigos distribuidos en todos los horizontes.

—“Es, dice Raymundo asombrado, como las sirenas de las fábricas, pero mucho más grande; su grito, cuando lo oí por primera vez me recordó la marcha de los trabajadores respondiendo al llamado de los

silbatos y pensé que al poderoso rugido respondía una marcha universal de millones de hombres y mujeres, de obreros, camino de una jornada hacia una fábrica tan grande que llenaba la tierra.”

“Siempre había oído con asombro ese rumor poderoso que principiando como un leve zumbido se va adueñando del aire; pero desde que lo escucho lanzado por tu garganta, me entusiasma como si escuchara un himno al trabajo y al esfuerzo de los hombres.”

En honor de mis dos inteligentes visitantes he hecho sonar la sirena y después de un momento de silencio, al concluir el grito, el gigante clamor vuelve a repetirse devuelto por el eco, cuando ha llegado hasta los cerros próximos.

Después han querido visitar mi garganta, poderoso aparato de radio; han visto los enormes bulbos que condensan la voz recogida de todos los ámbitos del mundo y las sensibles placas donde el lejano ruido se hace audible.

—“Me siento, dice Anselmo, como un insecto metido en la caja de radio de mi casa; si las hormigas piensan, seguramente que han de hacerse las mismas reflexiones que yo me hago ahora, cuando se introducen en el para ellas extraño mundo que canta y hace música”.

Yo les he dicho: —Callad un momento, vais a escuchar ahora mismo la Música Mecánica de motores y hélices y la he hecho llegar desde la remota distancia para ellos.

—“¡TROKA, poderoso TROKA —grita Anselmo entusiasmado—, haz que se oiga nuevamente esa música extraordinaria; quisiera que la escucharan mis compañeros de escuela; es tan bella! Estoy seguro de que les habrá de gustar.”

—Lo haré con gusto —le contesto—; espera un momento, voy a orientar mis antenas hacia el norte: confío en que esté en el aire esa música... Sí; sí, aquí está, escuchémosla.

—¡Qué maravilloso es todo esto!— vuelve a exclamar Anselmo lleno de júbilo. Ahora podemos escuchar cuando nos plazca y sólo por tu poderosa voluntad, la música mejor del mundo, no importa en dónde se toque. Es suficiente con que tus antenas la recojan del aire y luego la condensen los aparatos de radio en tu garganta.

“Y pensar que hace algunos años, si se quería oír algún músico famoso, o algún cantante de voz privilegiada, era necesario viajar hasta donde él estaba, empleando para lograr esto, mucho tiempo y mucho dinero.”

“Únicamente los ricos, los ociosos, podían gozar de esa satisfacción, y ahora hasta el más pobre puede, cuando quiere, sin gasto mayor, gozar con la música de los grandes maestros, con los mejores cantantes. Te lo debemos agradecer a ti, grande y poderoso TROKA.

—Mis buenos amiguitos —les respondo agradecido— habéis visto ya mi cuerpo: habéis observado que no hay nada misterioso ni mucho menos milagroso en él, que está formado con los aparatos mecánicos y eléctricos que ya se conocen, únicamente que unidos para lograr un fin.

Habéis sido testigos de cómo funciona este cuerpo de metal hasta parecer como si lo moviera una voluntad humana; es el prodigio del genio de los hombres.

Pronto viajaremos por todo el mundo para saber cómo han hecho lo que al fin se condensa en mi cuerpo.

Iremos a visitar las minas, las fábricas, los laboratorios y las escuelas: todo lugar donde el genio del hombre, su trabajo y su acción, tienen un asiento.

Viajaremos por el aire, bajaremos al fondo del mar, y acaso, acaso, lleguemos en un viaje feliz hasta el otro mundo, hasta una de esas estrellas que en las noches nos miran con sus luces temblorosas.

Ahora, mis pequeños amigos, subid por mis brazos, contemplemos el panorama desde mi altura, acerquémonos al cielo. ¡Arriba... arriba... compañeros!

